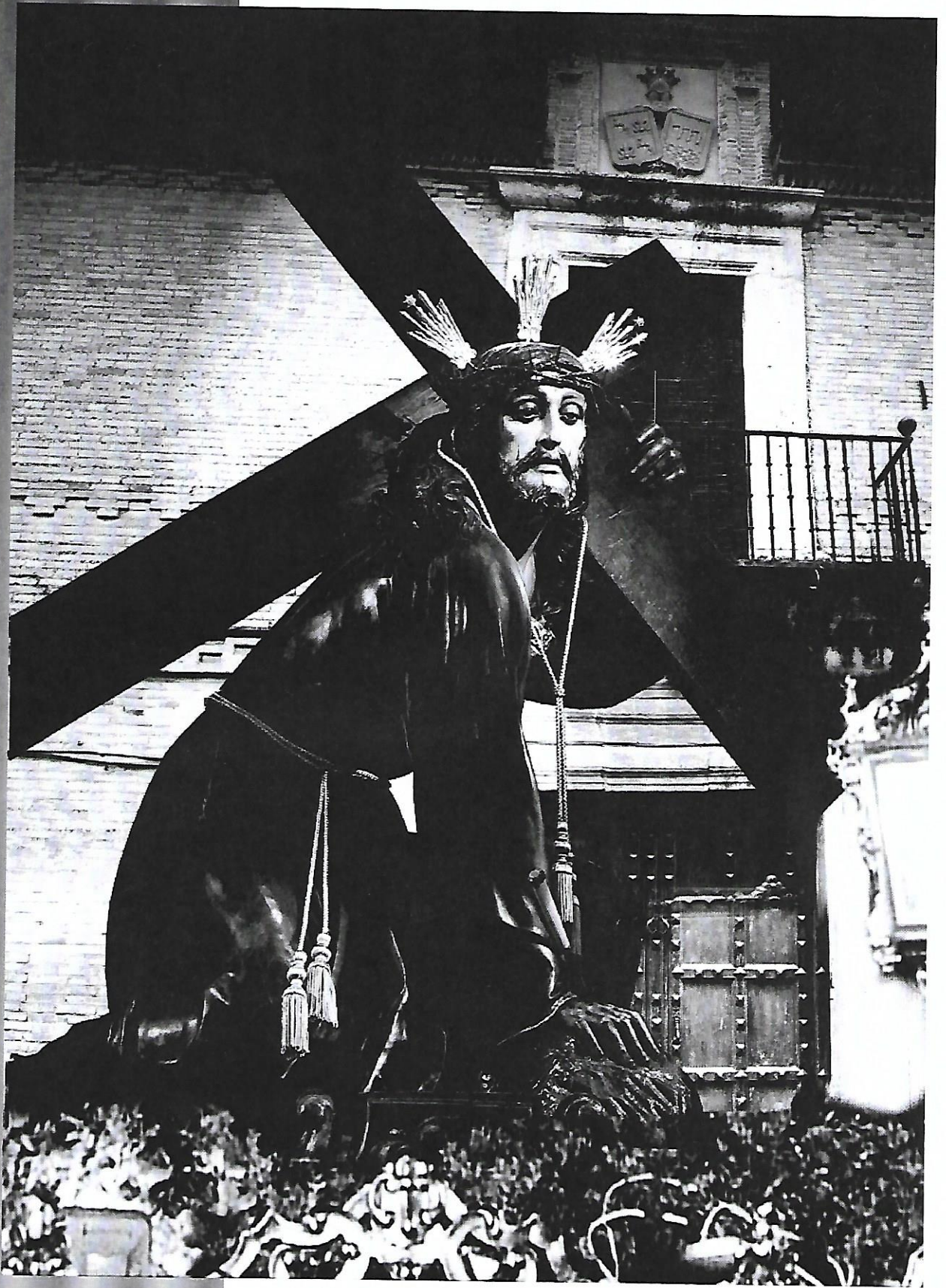


# FIESTAS PATRONALES MANZANARES



*Nuestro Padre Jesús del Perdón*



SEPTIEMBRE 2003

EXCMO. AYUNTAMIENTO  
MANZANARES



# Pregón 2003

Antonio García de Dionisio Schez. de la Serrana

**H**ermano Mayor, Junta de Gobierno, Cofrades y Hermanos de la Muy Ilustre, Fervorosa y Antigua Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús del Perdón y María Santísima de la Esperanza.

Autoridades, Párrocos; Sras. Sres. amigos todos; muy buenas noches:

Antes de comenzar este Pregón, quisiera agradecer a la Junta de Gobierno, a su Hermano Mayor y en especial, a todos aquellos que, confiando en mi humilde persona, me propusieron para tan digna empresa. Espero ser merecedor de esa confianza que depositaron en mi, y quisiera hacer de este Pregón, un acto de Exaltación a Nuestro Padre Jesús del Perdón, a las Fiestas que celebramos en su honor y, a todo lo que encierra esa fe que el pueblo de Manzanares dedica a su Santo Patrón. Como poeta, me vais a permitir que edulcore la prosa de mi oratoria, con la levedad de algún que otro soneto a modo de «tropezón», para que, así, al menos, os sea más llevadera mi palabra en su monótona y desnuda fragilidad.

También y antes de proseguir, quisiera agradecer de todo corazón esas palabras, esa maravillosa semblanza que Francisco Calero Recuero ha sabido hilvanar con su cuidada prosa, haciendo que la emoción se apodera de mí, como si el tiempo hubiese ofrecido su parada de largo recorrido a esa estación que, el olvido —en su ocaso de soles y violencias—, se encarga de cerrar astutamente; aunque de vez en cuando, abra sus desvencijadas puertas al viajero que de la noche surge. (Siempre hay un amigo que, un buen día, te cuenta y te detalla aquello que la memoria alejó de ti, y, como si de un golpe se tratara, vuelve a revolotear en el ventanal de la casa que habitamos, como pájaro nuevo que apenas si sabemos de dónde nos surgió). Así, Francisco en esta noche, ha sabido sacar a revolotear esos pájaros que un día tuvieron su vida y sus vuelos y sus ganas de conquistar nuevos mundos; un día fueron el germen de lo que hoy se esconde tras este amago de poeta que todos ustedes están dispuestos a aguantar en su palabra.

Nuevamente, Francisco, muchas gracias.

Al aceptar ser el pregonero de nuestro Santo Patrón, me embargó una sensación que no sabría definir exactamente si fue de miedo, si de alegría, o si al contrario, fue de tristeza; no lo sé. Tal vez parezca un poco exagerado el definir ese momento como un momento de tristeza, sí, tal vez; mas creo que fue así, porque aquellas

personas que un día fueron aliento en mis primeros pasos, aquellas personas, hoy no se encuentra aquí, y eso siempre hace que el momento no sea igual para todos, por eso me van a permitir, que, este pregón, se lo dedique a mis padres que nunca sospecharon que su hijo, algún día, pudiese ser el pregonero del Santo Patrón de Manzanares; para ellos, mi recuerdo y mi gratitud en este día.

Miedo, también sentí miedo; miedo cuando me di cuenta de lo que esto significaba para una persona: ser el pregonero de las Fiestas Patronales, cuando tantos, tan dignos e importantes pregoneros me habían precedido y habían hecho tan

magníficos y hasta tan documentadísimos pregones; yo, un insignificante relojero, un aprendiz de poeta, debería enfrentarme a tan ardua tarea e intentar salir airoso de la prueba; eso me pareció lo más descorazonador y, creedme: el desasosiego fue inundando los días hasta llegar a crearme vencido antes de comenzar la batalla, mas Jesús —Nuestro Padre Jesús del Perdón— es lo bastante importante para mi y, como algo que brota sin saber por qué, un buen día me encontré ante el folio en blanco, con su mar de olas invisibles, dispuesto a navegar día y noche hasta lograr hacer la travesía completa y llegar a un puerto llamado Pregón. Hoy, esa travesía se ha completado, y yo, como el anciano marinero del poema, me encuentro aquí, en la bonanza de este mar sin límites ni ocasos, a la espera de lo que el viento quiera hacer de mí.

No creo que sea correcto comenzar hablando de mi niñez, ni de mi adolescencia, ni tan siquiera de todos y cada uno de los pasos que por Manzanares di; todos o casi todos los que aquí os encontráis, me conocéis de sobra, y sería en vano después de haber escuchado las palabras del presentador, hacer una auto-semblanza de mi vida, mis actos más importantes o mis recuerdos más o menos anecdóticos; por eso dejaré para otra ocasión los recuerdos y comenzaré hablando directa-



mente con Jesús.

Me vais a permitir que sea yo el que me despoje de las vestiduras que hacen de nosotros crecernos ante el día a día, y me muestre ante vosotros, como lo haría un día de esos en que cruzas ante la ermita de la Veracruz y te adentras en su interior sin saber por qué, y allí te creces; allí te das cuenta de la insignificancia de tu dolor. Me vais a permitir que hable con Nuestro Padre Jesús del Perdón, como lo haría un viernes cualquiera postrado ante sus pies, postrado en oración o en acción de gracias o en petición de consuelo —que tanto vale una cosa como la otra, cuando se hace con fe. Y es que si escuchásemos lo que cada uno de nosotros habla con «su» Jesús, quedaríamos asombrados; quedaríamos sorprendidos ante los valores que la persona encierra y no es capaz de mostrar a los demás, mas sí, a una imagen que en silencio lo contempla, en silencio lo escucha y, en silencio, responde a sus interrogantes y llena de fruto la sequedad de sus días. Por eso, yo me imagino que no soy el único que habla con Jesús como si tratase con el mejor de los amigos, y así creo que debe ser; cuando nadie más que Él conoce nuestros secretos; cuando nadie más que Él, adentra su mirada en lo profundo de nuestro corazón y hace que lo compartido, se transforme en el más grande de nuestros secretos.

Un día, así se lo conté a mi buen amigo: «Recuerdas aquel día del mes de agosto, cuando llegaste a éste Tu Pueblo, corría el año 42 y arribaste en Loor de multitudes, yo aún en el vientre de mi madre, no pude asistir a tu recibimiento (me faltaban sólo unos días para venir yo también a éste mi pueblo) mi madre, como toda su familia, se encontraba de luto, de un severo luto como los de entonces; su hermano José había muerto unos días antes, y el dolor ahogaba las voces en la casa haciendo del silencio el único mensajero de la vida. Mi tío José, tras larga y penosa enfermedad, los había dejado; había dejado una prometedor vida por conquistar. Yo vine al mundo en esa situación y, aunque como es de suponer, no recuerdo nada, sí creo que quedé marcado para siempre por el estigma de mi tío José; tal vez él desde su órbita infinita, insistía una y otra vez en ayudarme a lograr lo que él no pudo. Sé que era un estudioso y un gran amante de los libros; con esto me basta para creerme heredero de su voz».

Así que ya sabes Jesús, por qué ni mi madre ni yo en su vientre, salimos a la calle a recibir tu primera bendición y a escuchar la voz de tu mirada. Yo sé que Tú lo sabías, y más de una vez creí adivinarlo, cuando las prisas de la vida apenas si dejaban arrancarme el balbucir de una oración, y las palabras —delante de tu trono—, eran como cristales rotos que el pie descalzo no sabe esquivar; yo sé que Tú lo sabes Jesús; sólo los buenos amigos saben comprender la palabra desolada en toda su plenitud.

Estás con tu rodilla en esa piedra que es como metáfora del suelo.

En la piedra, se agranda el desconsuelo que nos hace sentirte como hiedra en la pared desnuda, que se medra ante tanto suplicio y, es el vuelo de los ojos silentes hacia el cielo, lo que fuerza el dolor que no se arredra en busca del perdón. Mientras caminas, la fuerza que Tú tienes, nos la ofreces con tu voz sin palabras: el dolor, se tronza y se transforma en un color que ilumina la vida; cuando creces dentro del corazón que Tú iluminas.

## LEJANÍA

Los tiempos y las circunstancias de la vida, a veces retoman su palabra sin contar apenas con nosotros; somos como maniqués que son vestidos y desvestidos según el turno de la moda, y casi no les queda tiempo para mirarse en ese espejo que se encuentra a la salida del desfile: la prisa es la que nos lleva; la prisa nos fuerza en nuestros años jóvenes; la prisa es la que nos aparta y nos tronza el corazón, cuando creemos ser los dueños de todo lo que nos rodea y, apenas si sabemos reconocer lo verdadero de lo ficticio; lo fugaz de lo futuro. Hay un tiempo en que el hombre debe conquistar nuevos horizontes, debe salir de su pueblo para saber reconocerlo el día del regreso; para saber valorar su cuna y su ancestro. Ese día, es el que te deja su huella marcada en la piel, como aquella caída que de niño no supo cicatrizar a tiempo, y hoy forma parte de ti; hoy hace que la memoria te rescate su joven palabra.

Un buen día, parecidas circunstancias me apartaron de mi Manzanares; me llevaron a las prisas del mundo y tuve el éxito en estas manos que hoy saben rozar silencios y atesorar palabras; entonces no, entonces eran como una voz que solo se escucha a sí misma; pregunta sin respuesta; sueños de juventud. Yo también he vivido fuera de esta ciudad, que, no sabes de su maravilla, hasta que no la ves con los ojos de la distancia; también conocí la calle adivinada entre lejanas calles que apenas si tú conoces; conocí ese hormigueo único que siente todo tu cuerpo, cuando

—después de una larga ausencia—, vas reconociendo la tierra que forma parte del paisaje que te vio crecer.

La lejanía nos fuerza a atarnos el alma con fina cinta de seda, para no herirnos las manos, ese día en que desatamos su nudo con las prisas del regreso; ese día, en que los nervios desoyen el último saludo de despedida, y avanzan en sus manos, la silueta del pueblo crecido en la memoria; asido a las horas y al trabajo de los días como uno más, en ese deseo que todo retorno encierra. La lejanía es como un bálsamo que purifica el perfil de las personas, que adensa el aire que nos conduce al viejo predio y nos fuerza un nudo en la garganta, cuando el paisaje agranda su voz

de atardeceres y viene a comunicarnos que, esa tierra que estamos pisando ya, es la nuestra, la de nuestros ancestros; la tierra donde el sol ungió nuestros pasos, con ese sudor y esas lágrimas que marcaron en nuestra piel toda una identidad que no se olvida.

La tensa desnudez de la llanura  
extiende su palabra como mano  
cansada de esperar, delante, el llano,  
cantando soledades en la dura  
certeza del viaje, apresura  
el ritmo de la vida, como hermano  
que a la casa volviese tras lejano  
paréntesis que el tiempo no clausura.  
Así en la soledad de esos cantares,  
la vista se desnuda entre los cielos  
como niño en la playa, y es un claro  
preludio a la nostalgia, cuando el faro  
de la torre —enhiesto entre majuelos—,  
te anuncia la esbeltez de Manzanares.

Así, los que viven lejos de su pueblo, aprecian la fiesta como tal vez nosotros no sabemos apreciar; es por eso que sea tan importante el reencuentro en estos días: ellos vienen a reencontrarse con la familia, el barrio o la calle donde jugaron de pequeños; a conocer todo lo nuevo que su ciudad les ofrece. Vienen a fortalecer lo que para algunos es lo más cotidiano de sus vidas cotidianas; a decirnos que la palabra es más querida cuando te falta; a recordarnos que, Jesús, también está fuera de su ermita, también se encuentra en las ciudades y en todos aquellos rincones, donde un manzanareño, un buen día, decidió fundar un hogar nuevo. Allí también se encuentra Nuestro Padre Jesús del Perdón.

Por eso es bueno el regreso de todos, la unión de todos en torno a su Santo Patrón, para así, dar fuerza; para así, aglutinar y conglomerar los fragmentos de una fe que, día tras día, vemos crecer, como el niño aquel que el tiempo alejó de nuestro lado y un buen día reconocemos con sorpresa.

## FE

La fe es la que mueve al hombre hacia sus metas, porque, incluso aquellos que dicen no tener fe, la tienen; tienen fe en creer que no tienen fe. El hombre siempre ha necesitado algo en que creer, algo que le ayude a soportar este largo camino de incertidumbres que es la vida. Por eso, dentro de nosotros habita un yo «extraño» a nosotros mismos, extraño incluso a nuestras creencias, que, nos incita a creer, y a tener fe en nosotros mismos cuando la vida se pone cuesta arriba y los problemas acucian desde todos los ángulos posibles. Es entonces, cuando a todos nos basta ese grano de fe que creíamos no poseer; cuando todos creemos encontrar en nuestros santos, en nuestras familias, en nuestros médicos e incluso en ese talismán de la sociedad moderna que es la medicina, nuestra

tabla de salvación.

Todo lo mueve la fe, nuestra fe en saber —en creer saber— que todo se nos solucionará; bien a través de la oración; bien, a través de esa fuerza invisible que nos brota sin saber cómo ni de dónde, cuando nosotros mismos creemos en lo que pedimos; cuando nosotros mismos, formamos parte de la fuerza del milagro o el favor que esperamos recibir. Así nace esa fe que es capaz de dar energía al hombre postrado.

Y Jesús, Nuestro Padre Jesús del Perdón, nos ayuda a tenerla, nos hace partícipes de lo que nosotros ignorábamos poseer. Nos ayuda en el difícil camino de la consecución de metas distantes e inalcanzables, y nos da esa óptima posición que todo buen corredor debe tener, si quiere optar al triunfo: nos hace confiar en nosotros mismos; nos hace creer en la curación o en la solución de nuestros problemas.

Nuestro Padre Jesús del Perdón es la fe que le fue entregada a un pueblo —nuestro pueblo— que cree en Él, porque Él es la fuerza que ayuda al débil en la caída (difícil ayuda, en estos tiempos que la debilidad es síntoma de fracaso.) Mas, Jesús desde su trono, nos mira y nos habla con esa fuerza que su silencio tiene, que, hay pocos, muy pocos, que salgan de su ermita, igual que entraron; muy pocos abandonarán su mirada sin haber sentido un algo extraño en su interior que no sabrían explicar.

Un buen día escribí a cerca de la mirada, de Su mirada: «El visitante queda atrapado en ese misterio que desde la bóveda al suelo, inunda la capilla como algo que no supiéramos descifrar y, es por eso que, apenas traspasamos el umbral, nuestros ojos corren al encuentro de esos ojos que desde el fondo de la nave nos esperan; recorren el corto espacio, como si un invisible hilo tirase de nuestra mirada hacia la que, dolientemente, espera la nuestra». Y es verdad que así me lo parece, es verdad que creo en ella, como algo que nos da fuerza y nos hace sentir que está con nosotros; que es nuestra guía y nuestra ayuda en los momentos difíciles.

En un tiempo como éste que nos ha tocado vivir, donde cada vez más la sociedad ha ido despojándose de sus creencias religiosas; observamos con extrañeza, cómo una parte importante de la sociedad ha ido pasando de la creencia religiosa a la superstición, al esoterismo, e incluso, a la magia ¿Quién nos iba a decir que en pleno siglo XXI iban a renacer prácticas y creencias de la Edad Media? ¿Quién nos iba a decir que los adivinos entrarían en nuestras casas sin tan siquiera invitarlos? Tal vez el deterioro progresivo de la salud mental de esta sociedad, se deba a que ha sido programada para el triunfo, sólo para el triunfo; nunca para sacarle a la vida ese jugo oculto que, no es otra cosa, que la sencilla verdad que las cosas encierran.

Mas no nos engañemos, la fe del hombre no ha decaído; el hombre, en esta sociedad del conocimiento, lo

que desea es precisamente conocer nuevos «mundos», nuevas realidades que le hagan experimentar nuevas sensaciones, aunque éstas sean virtuales; nuevos retos para mentes cansadas de la disciplina y el rigor del estudio (lo rápido y fácil es lo «último»), de ahí, la fácil manipulación a la que se ve sometida esta sociedad de la «información», carente del más leve análisis en el mejor de los casos. Por eso creo que la fe no ha decaído (tal vez la hemos ido ocultando un poco más adentro, para que no se note demasiado su presencia).

No, no ha decaído, cada cual — como ya apunté —, la tiene inconscientemente guardada en su interior, y la hace aflorar — puede que también inconscientemente —, en esos momentos en que las circunstancias de la vida sobrepasan nuestro entendimiento y tenemos que aferrarnos a algo que nos ayude y nos proporcione momentos de sosiego; si no, la vida se nos escaparía de las manos y nos resultaría extremadamente insostenible.

El hombre ha ido retrocediendo en sus creencias y se ha ido llenando de nuevos temores y supersticiones que ya creíamos superadas por culturas pretéritas, lo han ido conquistando nuevas pesadillas; nuevas incertidumbres acechan sus proyectos; nuevas enfermedades lo acosan día a día y, aunque la tecnología y la farmacología avanzan a una velocidad que nadie pudo imaginar en un pasado no tan remoto, el hombre en su insignificancia, se da cuenta que cada vez que hay un avance, hay también un tropiezo, por eso, tal vez, vuelve — como si de una ironía se tratase —, hacia remedios superados por la ciencia, y que el hombre moderno ya tenía olvidados.

Es paradójico que, en esta edad de la ciencia y la tecnología, en esta edad, donde la ingente cantidad de información que poseemos, hace que el hombre llegue a considerarse un ser «casi supremo», no sea capaz — no seamos capaces —, de adentrarnos en nosotros mismos para encontrar nuestra verdad, y así de esta forma, intentar comprender, esa absurda maraña de sueños que día tras día nos intentan vender; tal vez éste y no otro, sea el motivo por el que poco a poco, el hombre no deja de creer en imágenes y en santos de su devoción, y nos asombra cada año, ver como crece la multitud de fieles que acompañan a su Patrón, a Nuestro Padre Jesús del Perdón.

El pueblo ha ido cada vez más pasando de pasivo a participativo, ha ido dejando la acera, para pasar a acompañar a su Patrón en ese camino de dolor y esperanza que es el recorrido que hace procesionalmente por nuestras calles. Hemos pasado de ser meros espectadores a ser penitentes en este camino de fe; porque es la fe, la que nos lleva a integrarnos en la procesión, a ser una parte más en la fiesta que ensalza la Cruz y su camino de dolor; todos — cada año en mayor número —, recorriendo unas calles que, son tan nuestras, que apenas si conocemos; llenándonos el corazón con la esperanza que Jesús desde su trono irradia a todo

aquel que cree en Él; con esos corazones repletos de gracias por ese estímulo que Jesús nos da y que nos ayuda a salir de la más negra duda que nos embarga la noche y hace de nosotros, todo un vuelo de pájaros asustados. Jesús iluminándonos, proyectando su luz, donde ayer era túnel inacabable.

Esa es la grandeza de esta imagen, ésta la grandeza de Nuestro Padre Jesús del Perdón, que, día tras día, ve, cómo se agrandan las filas de sus devotos en estos tiempos en los que la fe y los creyentes vamos acomodándonos poco a poco a esa nueva religión que es el consumo.

Sale la procesión, el rumor roza  
la leve singladura de la tarde,  
en su barco de soles, se nos arde  
cercana y presurosa, cuando goza  
del último suspiro que alborozaba  
el palomar del cielo, y en su alarde  
de vuelos, nos derrota, el cobarde  
sentido de la duda. La carroza,  
deslumbra nuestros ojos con su fuego,  
y en su fuego quemamos las tristezas.  
Jesús desde su trono fortifica  
la fe de los que esperan, y salpica  
de amor y de perdón nuestras torpezas;  
llenándonos de paz y de sosiego.

## PROCESIÓN

Cuando la tarde olvida sus desórdenes y comienza en su paleta a desligar la densa plenitud de su color más puro, la Plaza, recobra esa vida que las fiestas deslizan sobre su mano limpia; es entonces, cuando la Plaza le cobra el precio de tan larga espera, a ese año de vida cotidiana, a ese año de paseos y saludos y corrillos a la salida de misa; a un año, con la vida marcada por la distancia y las prisas del trabajo. Ahora, al saberse llamada a la plena exaltación de la fiesta, la Plaza recobra su mejor traje de domingo y se hace corazón y símbolo del pueblo. El patronazgo hace que la ocasión sea diferente a tantas otras ocasiones en que la «Plaza de las Palomas» nos llama a su Ágora; nos invita a su escenario único.

Aunque el aire rozase las veletas y desnudase lentamente los tejados, el serenísimo nombre de Jesús rebozaría la tarde con ese olor a fiesta y ese estruendo altísimo del último cohete, reventando la nube y el color de la tarde-noche, donde otros sonidos, juegan a esconderse en las manos adultas de los padres, cuando éstos — cansados e infantiles —, llevan a sus hijos a contemplar ese color o recorrido de la fe por las calles engalanadas de un Manzanares en fiesta; Fiesta Grande, como grande es el Honor de todo un pueblo cuando honra a su Patrón y hace de la fiesta nexo de unión entre todos y cada uno de sus habitantes y visitantes — que en esto no hay distinguo.

Hoy el pueblo se reconforta con esas vecindades

que un día partieron en busca de otros sueños; de otras ciudades donde poder realizarse y levantar una familia, y en esta fiesta de fiestas, vuelven a recordar su cuna, y vuelven a su pueblo, para acompañar en este día al que desde siempre les ha acompañado y ha sido referencia para volver a su ciudad querida. Todos los que hemos vivido lejos de Manzanares, sabemos de esa nostalgia y ese querer volver a sus calles y a sus gentes y, cómo no, a postrarse ante la imagen de Nuestro Padre Jesús del Perdón. Por eso estas fiestas

—nuestras fiestas—, deben ser para todos nosotros especialmente reconfortantes; en primer lugar, porque damos gracias y exaltamos a nuestro Patrón, a Nuestro Padre Jesús del Perdón, y, en segundo lugar, porque en ellas volveremos a encontrarnos con el amigo que siempre estuvo en la memoria o con aquel que estaba olvidado, y hoy volvemos a encontrar y a reconocer, entre el recuerdo de los días que ya tuvieron su historia y su momento único.

Así, hombres y mujeres, en este llano de almagre tierra y buenos vinos, hoy vuelven la vista hacia ese pueblo que en el corazón guardaron como un trozo de foto amarillenta, y regresan unos, y otros, nos encontramos como invitados en estas calles del día a día; porque la fiesta es eso: un renovar la certidumbre de lo vivido; un despejar del alma las tristezas; un compartir y un dejarse mecer en la canción que nunca sabremos quién la cantó para nosotros. Tiempo de fe. Tiempo de reencuentros familiares. Tiempo de cumplir las promesas. Tiempo de finalizar ese prolongado estío de río sin agua, y tiempo para volver a ver correr esa corriente que nos acerca y nos lleva más y más; cada vez más cerca del principio.

Por eso esta fiesta de principios y finales, es tan diferente de otras en que la ciudad se sumerge de vez en cuando como en una piscina llena de recuerdos y sentimientos y que, el habitante de sus casas altas o pequeñas; antiguas o modernas, sabe reconocer y disfrutar y, por encima de todo, sabe darle el valor que cada fiesta encierra para él y lo que ella guarda en lo más secreto de su corazón.

La Plaza llena así su cúbico espacio, con esas gentes que, desde siempre, han sido, son y serán el pulso de un pueblo que se siente vivo, de un pueblo que, como cualquier otro, ofrece lo mejor que tiene a su Patrón y, hace de este día —de estos días—, la gran fiesta de su comunidad; la fiesta que culmina y da principio.

Culmina el lento verano, el tiempo del asueto, vacación y noches tórridas, escritas bajo músicas de albas prematuras, cegadoras del ojo cansado en su rojez de cielo. Y da principio, a la húmeda palabra que el viento va dejando entre las noches, como preludio de un otoño cargado de trabajos y miedos; de alegrías y puestos por ganar; de vuelta a los estudios y vuelta a comenzar otro

camino lleno de certezas e incertidumbres.

Los vilanos de septiembre, escribiendo en el aire vuelos y rozadas caricias que escapan de las manos, y entre las manos dejan la levedad de su sonrisa redonda y ancestral; preludian la vendimia, y son vendimia última de los ojos que rizan la certeza del viento inconsistente, cuando ya no sabemos si el otoño es la suerte que todos deseamos, o es preludio y palabra que las viñas esconden para decir a todos los que en La Mancha habitan: hombres de tierra roja; hombres que, entre sus manos, acarician racimos antes de ser verdad el oro de su voz en la bodega. La voz de la tinaja se adivina cercana y misteriosa, con su olor inconfundible, nos fuerza las esquinas de la noche, y escribe en las paredes, esas primeras nieblas con que apague las cenizas de ese fuego

que mina el corazón. Ante la duda,  
encontrar la razón de lo perdido,  
arrancarle a tu Cruz el viento herido,  
y ofrecer a la mano ese trabajo  
de desclavar los clavos tajo a tajo;  
con amor y en silencio: con tu ayuda.

## PERDÓN

El perdón, tantas veces lo hemos nombrado —lo nombramos—, que, a veces, pierde todo el significado que debería tener para nosotros y, más aún, para todo buen cristiano. Creo no equivocarme, si digo que, «perdón», es una de esas palabras que pronunciamos sin apenas darnos cuenta de su significado; desde los tiempos mas remotos, el hombre, casi siempre se ha destacado por costarle trabajo perdonar, ya, Lucio Anneo Séneca, nos dice en su Tratado filosófico Sobre la ira: «¿Por qué no comprendes mejor esta breve vida y la haces más agradable para ti y para los demás? ¿Por qué, mientras vives, no te has de hacer amable con todos y cuando te hayas marchado de esta vida vuelves de nuevo a ella en su deseo?... ¿Por qué te enfureces con tu siervo? ¿Por qué contra tu señor?». Ya veis, un cordobés universal, ya se hacía —nos hacía—

estas importantes preguntas en el principio de nuestra Era Cristiana, y nosotros —con esa indiferencia que nos caracteriza—, seguimos sin importarnos lo más mínimo que, alguien crea necesario que sepamos comprender a todos los que con nosotros forman —formamos—,

la sociedad en la que nos ha tocado vivir. Creo que el Perdón, debería ser una palabra a tener más en cuenta en estos tiempos de violencia, a veces camuflada bajo trajes de colores.

El tiempo —perfecta cruz de los humanos—, nos viene a dar, nos viene a recordar, que, apenas si hemos sabido aprender las lecciones de la historia, apenas si hemos sido capaces de hacernos más dignos que los que nos precedieron: las guerras, la violencia, el terrorismo o el poder, no han sido extirpados del cuerpo humano; todos nos creemos dueños de la Verdad

—nuestra verdad inamovible—. Creemos que el error no es nunca nuestro, por eso nos cuesta tanto trabajo perdonar. Venimos a postrarnos ante Jesús, ante Nuestro Padre Jesús del Perdón (nunca mejor pronunciada esta bella palabra: PERDÓN), como deudores de nosotros mismos.

Y nosotros mismos, los que venimos a suplicar, los que venimos a pedirle un favor, los que venimos a rogarle que sepa perdonar nuestros errores; nuestros actos rebeldes: nos cuesta trabajo perdonar. No somos capaces de hablar con el amigo y pedirle disculpas por la palabra alterada; no somos capaces de reconciliarnos con ese familiar que un día nos ofendió; no somos capaces de ver en nuestro compañero, en nuestra compañera, no el enemigo a batir, sino el hermano a acompañar ante la lucha diaria; no somos capaces, en fin, de hacer honor al bello nombre de nuestro Santo Patrón.

Creo que nunca nos detuvimos a pensar en esto, tal vez la prisa por vivir, no nos deja ver más allá de nuestros propios intereses. La locura en la que se nos ha ido transformando esta sociedad postrada ante el televisor día y noche, no nos deja contemplar esos otros valores que son la parte fundamental de una sociedad que, cada vez le cuesta más trabajo comunicarse con la persona que está a su lado; cada vez le cuesta más trabajo comprender, que lo que ve en la «pantalla», a veces no es ficción; a veces es la pura y cruel realidad que nos rodea. Por eso en estas Fiestas, deberíamos apoyar nuestra mano al lado mismo de la de Jesús, y caminar, caminar a su lado, y ver desde Su Caída, la altura que las personas tienen.

Que la Fiesta nos traiga la voz deseada que un día partió de nuestro lado.

Que la Fiesta sea propicia a los más jóvenes, y en el deporte, sepan encontrar la razón de su juventud.

Que Manzanares sea el perfecto anfitrión, para aquel que por primera vez nos visita.

Que lo lúdico no empañe la oración, ni ese fervor que todo manzanareño siente por su Santo Patrón.

Os digo y pregonó a todos en esta noche, y a los vientos que llevan el eco de las voces, y a todo aquel que quiera oírme; que sepan que es la hora de comenzar las Fiestas en Honor de Nuestro Padre Jesús del Perdón, Alcalde Honorario y Patrón de Manzanares.

¡Manzanares en Fiestas por Ti, Señor!

¡Manzanares engalanada de balcones y palabras!

¡Manzanares abierta de par en par a la visita de propios y extraños!

¡Manzanares desde la oración y el fervor de los que en Ti confían!

Como pregonero de estas Fiestas Patronales, pregonó y proclamo: ¡Manzanares por la fe del Padre que a sus hijos ofrece su Perdón!

En su Casa, guarda una habitación para cuando se encuentren solos y no sepan adónde ir.

Jesús arrodillado en el camino,  
agarrado a la piedra bajo el peso  
de la Cruz y la Ira. Tras el beso  
de un Judas precursor de su destino,  
nos hace de la muerte un bien divino,  
y en su muerte nos pone el contrapeso  
que la vida precisa en su proceso  
de amor y desamor. El vespertino  
silencio de la gente, pone cruces,  
y adentra la mirada en lo más hondo.  
Después, huye la voz de los lugares  
hacia el centro del mundo. Con las luces,  
Jesús perdona al pueblo; desde el fondo  
del mismo corazón de Manzanares.

Antonio García de Dionisio